



EL SILENCIO DE LO COTIDIANO

Miguel Fuentes Arias

EL SILENCIO DE
LO COTIDIANO



Primera edición: mayo 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Miguel Fuentes Arias

ISBN: 978-84-17784-90-4

ISBN digital: 978-84-17784-91-1

Depósito legal: M-17564-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A María del Mar

PRÓLOGO

Infrecuente ya encontrar espacios de silencio y de belleza que nos alumbre en el itinerario de nuestras propias incertidumbres. El concepto «interioridad» comienza a caer en desuso y genera ambigüedad asociarlo a la búsqueda de Dios. Se vive la interioridad como evasión, como escape de los problemas, no como senda que hay que recorrer para encontrarnos, para encontrarlo. Dando palos de ciego. Además, muchos de los gurús de la interioridad y la meditación comienzan a picar en la cantera del filón económico. Se pervierten.

Frente al grito, meditación. Frente a las murmuraciones, el silencio que se esconde en los versos y en la vida. La poesía es la vida hecha cadencia. El espíritu es la carne de la poesía. Este libro es una invitación a su descubrimiento.

Este Elogio del silencio es un camino para hallar el ritmo, la melodía que se esconde en los avatares cotidianos y pasa desapercibida para una mente desatenta y ocupada en los asuntos diarios. Una manera de vivir acompañado

con el asombro que el día nos proporciona y nos oculta el hábito.

Una colección de capítulos (80 escenas) que han surgido del silencio de la cotidianeidad conforman este libro y quieren iluminar el milagro en que se ha convertido el gozo de vivir. El instante en el que la grisura del mundo se torna en blancura de esperanza. Frente a «un día más», «un día único».

La emoción de la palabra nos ayudará en este itinerario biográfico porque es una corriente subterránea donde bucear en nuestros propios misterios. Tras la purga de las rutinas diarias, una luz a lo largo del camino nos sirve de señuelo para ascender a otras esferas donde hallaremos el remanso necesario para nuestra paz: las «praderas» que es el terreno de la libertad, y desde donde salimos reconfortados y estamos dispuestos a cantar porque hemos vivido una experiencia probablemente irrepetible, por única.

Escribía yo en mi primer libro publicado, *Profecía de las plazas* (Edit. Versátiles, 2016), que:

*Aquella noche era un hombre solo.
Desguarnecido por todos los flancos
de la resistencia,
sintió cómo su conciencia,
(lejos de su control),
se abandonaba
en los brazos invisibles del Infalible.*

Al final del día, cuando las sombras se acercan y nos cercan, en la absoluta soledad de la habitación, reinando el silencio y en diálogo secreto con uno mismo, nos abandonamos a escuchar nuestra conciencia; a ser ella misma.

Dios es el *Infalible*, es decir, el que nunca nos *falla* en hacernos comprender que nunca hay que perder la esperanza. Una conciencia que no haya llegado aún a este estadio es una conciencia dormida, algunas, quizás para siempre, aunque vivos.

La poesía es nostalgia y es revelación. Ni siquiera la filosofía llega a tanto, encerrada en sus sistemas y abstracciones, en sus conceptos y teoremas; ni tampoco la teología, presa de aspiración «científica» y aparato crítico.

Pero la poesía, como observación atenta de la vida, nos seduce desde el primer verso, siempre y cuando encontremos la complicidad entre la imagen representada y el propio acontecer vital por el que la vida se desenvuelve. La poesía, *la palabra en emoción*, nos agarra desde el principio porque es un encuentro. Somos nosotros mismos los que nos hemos citado con nosotros mismos, y, por tanto, no cabe espera, olvido, ni impuntualidad. Llegamos con nosotros y nos abandonamos a nosotros.

Es la emoción que produce la palabra, su intuición del mundo y lucidez interior, lo que lo hace universal; lo que le pasa y nos cuenta el escritor, el hombre que vive con ojos abiertos y decide escribirlo, es también nuestra propia vida. Aquel temblor del creador originario es nuestro propio temblor. Es el temblor de la Humanidad. «La vida de un hombre es la vida de todos los hombres», escribió Antonio Machado.

Quien se acerca, aunque sea tímidamente, a la escritura es alguien que se interesa por su propio devenir, que se pregunta por el sentido del mundo y desea hallar entre sus líneas alguna luz que alumbre su incierto caminar. Considera su obra una suerte de espejo donde desnudar su propia alma o ver su propia alma reflejada en el espejo del texto.

El escritor es, probablemente, un egocéntrico. Por eso escribe, porque considera que lo que a él le ocurre es la cosa más importante del mundo y que, por tanto, merece ser contada.

Escribir y publicar indican que el escritor, aparte del egocentrismo, acepta su propia imagen, posee una aceptable imagen de sí mismo. Sale del anonimato, en un acto de coraje y sublimidad y se expone tal cual es, se presta a la crítica, se hace visible en las redes sociales, arriesga, fracasa, triunfa, pasa inadvertido. El escritor es un rebelde. Pero quien vive realiza su auténtica revolución. Tú, querido/a lector/a, albergas en el fondo un escritor que filtra el granito gris del día para conseguir el blanco mármol de la Toscana. Pero no añores nunca la oportunidad de vivir.

Pero el mejor y más sublime poema es la vida. Perseverar en la lenta observación cotidiana de la vida es profundizar en el silencio. Acercarse al silencio implica olvidarse de las cuestiones secundarias e incluso de algunas principales que te acechan en la vida. La poesía exige meditación y contemplación. Leer y escribir son ejercicios de alta meditación sobre la vida.

Este libro es un viaje biográfico desde la cotidianidad hacia el interior de sí mismo y puede conmovernos hasta lo más profundo, examinar algunas de las verdades asumidas como indubitables, interrogarnos de nuevo por las grandes cuestiones que permanecen en el horizonte, sugestionarnos por aquellos principios a los que no somos capaces de llegar.

Juan Ramón Jiménez percibe en un momento dado de su trayectoria poética—vital que la belleza a la que ha dedicado toda su vida se halla en su propio interior: es ahí dentro donde se encuentra su propio dios.

Nosotros vamos a indagar también en nuestro interior un itinerario por la cotidianidad de nuestras horas.

1

VIVIR

Quizás sea esta desazón, este desconsuelo la condición que los hados exigen para poder llegar el hombre a lo más íntimo de su alma. Será que esta amargura tan honda no es más que el espejo de tu propio rostro enfrentado a la nostalgia de los instantes extinguidos. La vida tiene estas cosas, estos desgarros que nos atrapan y zarandean por las azoteas de los recuerdos. «Sí, quizás la palabra más abrumadora de todas —como dice Martin Buber—, sea Dios».

Es aquí, precisamente aquí, en el silencio, donde todo ha de comenzar. El pensamiento y el caminar por la ciudad que nos sueña. Es en el silencio donde el tiempo se duerme sobre la conciencia de nuestros días, de nuestros límites.

Y es justo entonces cuando te hiere la memoria, el zarpazo encubierto mientras estás desprevenido, porque es siempre estando distraído cuando te asalta el tigre del recuerdo; la memoria te hiere incluso más allá de lo que

aún no ha acontecido, te está hiriendo ya desde el mañana y todavía no has vivido aquello por lo que permanecerás paralizado en un futuro que tiene más vida que tu presente efímero.

Aventúrate en la vida, no sigas esperando, la palabra «esperanza» contiene riesgos de malinterpretarse. Esperar a qué. Crear el hábito del entusiasmo. Un exceso de esperanza nos puede acarrear la indolencia, la parálisis parasitaria. A veces la misma holgazanería puede recubrirse tramposamente por los tules de la esperanza.

Toda responsabilidad pública, aunque sea minoritaria, conlleva un culto al ego. Yo quería adentrarme en mi *Yo*. Ya bastante encaramado se encontraba mi ego para seguir alimentando al monstruo.

Me afané entonces por indagar en quién era yo, cuáles eran las razones que me llevaban a actuar de la manera como actuaba, por qué tenía los prejuicios que tenía, cuáles eran mis trampas.

Vivir como un encuentro permanente, un encuentro perpetuo, jamás dar algo por perdido mientras queden posibilidades, jamás mostrar indiferencia cuando merezca la pena luchar por algo, incluso en los pasillos de tu propia casa, acortar las distancias entre las habitaciones.

Estamos siempre comenzando, porque nunca hemos acabado. Estrenar cada día con voces como *temblor* y *estrellas* y seguir soñando con aquellos rincones del mundo donde podríamos esperarnos unos a otros.

La obstinación de las ciudades en ignorar el silencio de sus calles nos persuade de que caminamos irreversible-

blemente hacia una situación de orfandad, porque quien no detecta el silencio de una calle mojada por la lluvia al atardecer renuncia a algo parecido al recuerdo de sus antepasados.

2

GLORIA

Tantos títulos, lecturas y coloquios; libros, conciertos, museos, para finalmente retornar al mismo punto de salida en el que un día escucharas de los labios de quienes, casi analfabetos, te musitaban al oído: «Sé bueno».

Y con solo esas dos palabras te da por pensar que cuando acompasas tus caminos al ritmo de tus pensamientos y aguardas en silencio el grito del prójimo; cuando exiges a quien más quieres el cumplimiento de la dignidad, —pese al riesgo del distanciamiento—; cuando acallas los fantasmas de aquella antigua pasividad y ahogas los recuerdos entre las estrofas grabadas en el envejecido telar de la memoria; cuando en los últimos abrazos que se suceden sientes desbocado el pellizco de los siglos; cuando interpretas que la duración del enmudecimiento no implica ruptura; entonces, conocerás el verdadero significado de la *Gloria*.

3

TIEMPO

Agazapado el tiempo en la tarde de junio, sientes el goce de perderlo sin el prejuicio del remordimiento. Y lo vemos desgranarse entre libros, sillones, cuadros; no percibo su fluir de arena hasta que la frialdad del café me alerta de que era a él —al tiempo— a quien le escribía estas líneas.

Una apuesta constante la que mantengo con el tiempo. Me gana casi siempre. O me falta o me sobra. Dificultad para encontrar el término medio. Me desmiente los límites de lo previsible. A veces, se desplaza hacia un desenlace previsto. Otras, me descubre un mundo asombroso de sensaciones desconocidas hasta ahora.

Revalidar la luz del día es su regalo más desprendido. Y es él quien me hace comprender la quimera de la aspiración y la avidez.

Transcurre el tiempo, consumiéndose por entre las paredes de este habitáculo, declina el día, como los hielos chocan entre sí para evitar convertirse en el lí-

quido que fueron en su origen. La noche es la soledad del día. Y hay días que dejan de existir para aguardar a su noche preferida, su soledad silenciosa y dejarse caer en las lejanas laderas olvidadas donde reazar extinguiéndose.

Se fue el día sin pedirnos permiso como el hijo cierra la puerta sin despedirse. El sol se ha ido definitivamente, pero la luna aún no se muestra: es el instante mayor de desamparo humano.

Una música a lo lejos produce en nosotros el mismo efecto que un somnífero en los ciclos de ansiedad y nos abandonamos a que nos despierten en mitad del sueño más hermoso.

PEREGRINO

Cuando peregrinas, de súbito, sin saber por qué, te encuentras absolutamente solo, tus acompañantes han desaparecido, miras, disimulando y de soslayo, a un lado y a otro, y no hallas un solo perfil reconocible.

La libertad aún existe, da comienzo la liturgia de la observación: extrañas siluetas, sabor insobornable del café extranjero sin compañía, perfumes exóticos sobre epidermis inasibles, danza anónima e ignota, ecos de otras voces, otras lenguas de aquella torre bíblica. Solo observando se puede ser libre, quizás para huir con ellos.

Ah, la libertad, sentirás su ligera brisa, ese velo transparente que roza tu piel para decirte que no necesitas justificar ninguna de tus presencias y, menos, tus ausencias; que ya no buscas fuera de ti a nadie para arreglar tus problemas, porque incluso llegas a aceptar vivir con tus problemas desarreglados. Que reconoces que *Libertad* y *Yo* son inseparables y que incluso el dolor puede ser dulce.

Merece la pena vivir solo para demostrarte el grado de libertad que has sido capaz de alcanzar. Sintiéndote libre aceptarás o comprenderás cualquier comportamiento o encontrarás razones que te lleven a entender las decisiones de los demás. Sintiéndote *no libre* solo encontrarás obstáculos para entender los comportamientos de quienes te rodean. Porque el problema no son los otros, sino tu propia esclavitud. Solo quien es realmente libre y es consciente lo que perdió para conseguirlo entiende el grado de libertad y la causa de los demás.

La libertad implica un fuerte componente de soledad. Este es el precio. Quizás sea la prueba irrefutable del grado de libertad a que se llega.

Cuánta libertad les debemos a los irresponsables, los verdaderos acicates que nos empujan a tomar nuestras decisiones más titubeantes. Y por quienes nos declaramos absueltos en nuestros remordimientos por sus negligencias.

Y es que el ser humano no dispone de respuestas programadas previamente, como les ocurre a los animales; los seres humanos necesitamos permanentemente reflexionar y decidir qué hacer con nuestra libertad, cómo emplearla. ¿Alguien se imagina qué sería de nosotros si no utilizáramos la razón en nuestras decisiones? Muy fácil: nos hallaríamos bajo la esclavitud de la irracionalidad y nos acercáramos inexorable y nostálgicamente a nuestro origen animal.

5

AMOR

No pretende el amor precipitación, ni premura los encuentros.

Como el deseo no resiste pausas... Una vez que consienten los labios ya toda tu historia concluye archivada en el deseo de que quizás algún día hubieras sido *otro*.

La mirada dubitativa y el hipérbaton de tu abrazo encabalgado sobre la alcoba de la madrugada me recordaban a aquel día en que te tenía ceñida por la cintura. Como dormida, como de mentira, es hechizante sembrar el deseo y que escale hasta los límites de tu boca, ese juego de titanes vencidos que por un instante se creyeron únicos, vencedores del tiempo y el presente simultáneamente. Todo termina con los dedos en tu espalda dibujando el itinerario del sol en su crepúsculo.

Te he visto y escuchado sonreír. El mar, allá lejos, se dejaba ver difuminado por el cielo comprensivo. Todo lo hechizaba la premonición que sueña la clandestini-

dad. Yo sé que tú te callaste porque se hizo el silencio de las grandes verdades: la irrupción en el manantial de las grandes carcajadas, sin discernir siquiera que ya compartíamos el mar, los besos, el *bourbon*. Y aún más, el deseo de marchar hacia aquel cielo comprensivo que, desde lejos, nos llamaba.

Y tú venías hacia mí con el pelo desordenado, sabiendo los dos que jamás habría de existir un momento como ese, y vislumbrando que era inútil volver a vernos.